

la obsequiosa compañía de sus íntimos amigos, y cualquier pretexto le servía para dejarlos con la boca abierta, ó, lo que es lo mismo, con la palabra en la boca.

Ellos estaban acostumbrados á estas irregularidades de su carácter, que la hacían tan original, y que, después de todo, les parecían encantadoras. Así es que sin la más ligera inquietud se fueron retirando, unos después de otros, muy discretamente.

Al salir los últimos, César iba diciendo:

— ¿Ves, querido duque, cómo el coronel Montero se halla bueno y sano, sin herida grave ni leve? No podía ser otra cosa; mi tesis tiene una fuerza incontrastable.

— Pero, ¡canastos!.. — replicaba el duque. — El marqués ha herido mortalmente á su adversario... ¡Caracoles!.. Ese era mi tema.

Cuando la señora de Miramar se despertó, estaba sola.

CAPITULO VI

LOS DOS

Tenemos á la vista dos cartas interesantes, cuya lectura es necesaria para el cabal conocimiento de la presente historia, que, dicho sea de paso, he intentado referir del modo más breve que me ha sido posible; por supuesto, dejando siempre al lector en completa libertad de añadirle lo que le falte y de quitarle lo que le sobre.

Por el movimiento impetuoso de la letra se conoce que la primera de estas cartas ha sido escrita con la impaciencia de la mano empeñada en seguir la rapidez del pensamiento. En algunas palabras faltan las letras finales, como si la pluma hubiera saltado para coger más pronto la idea; en ciertas frases parece que la mano temblaba al escribirlas, y, finalmente, se distinguen sombras ligeras, que obscurecen en diversos lugares la blancura del papel, y que pudieran tomarse por señales de lágrimas.

El estilo empieza entrecortado, descubriendo en el tumulto de los conceptos la agitación del alma; mas poco á poco se va serenando hasta que aparece más tranquilo.

He aquí el contenido de esta carta:

«Caballero: La herida que ha recibido usted en el pecho la llevo yo en mi corazón. Usted ha estado quince días agonizando, y yo hace un mes que no vivo... Óigame usted, porque le hablo por primera vez y acaso sea la última.

Yo he provocado ese duelo maldito, y usted se ha batido por mí. ¡Por mí... que no he sabido comprenderlo!.. ¡Justicia divina!.. ¡Lo comprendo cuando lo pierdo!.. ¡He necesitado que abran bárbaramente su pecho para ver su corazón! ¿Por qué no condenó usted á un justo desprecio mi insensato ultraje?.. ¡Y su madre de usted!.. ¡Dios eterno! Ante esa idea no sé dónde esconderme. Es la forma más cruel que pueden tomar mis remordimientos. Sé que me ha perdonado, sé que pide á Dios que me perdone...; pero yo no puedo perdonarme; debo expiar, y expiaré.

»¿Qué pasa por mí? No acierto á darme cuenta; mas al caer en el abismo de esta desgracia, siento que mi alma se ilumina con los reflejos de una luz suprema. Después de llorar veo mucho, veo mejor, lo veo todo, mis ojos se aclaran con las lágrimas, y el llanto, este llanto inagotable, ha roto la venda que me cegaba.

»La noticia del fatal suceso me hirió como una puñalada; quise llorar, y no pude llorar; me ahogaban los sollozos, y al fin estalló en mi sangre el incendio de la fiebre. Me han tenido en cama muchos días... Me he visto rodeada de médicos..., de medicinas...; creían que iba á morir. No sé lo que habré dicho en mi delirio, pero veo que no han entendido mis palabras. Los médicos están muy satisfechos; dicen que he estado en gran peligro, y atribuyen mi enfermedad á una terrible crisis de mi naturaleza, á un sacudimiento formidable de mi cuerpo, á una explosión vigorosa de mi vida, que la ciencia ha vencido... ¡Pobres sabios!.. Ignoran que esa crisis ha sido la crisis de mi alma, que sólo Dios ha podido vencer.

»Vea usted por qué sencillos medios ha llegado hasta mí su misericordia.

»Una mañana, mitigado el ardor de la calentura, que me había hecho ver durante la noche las más extrañas visiones, experimenté repentina necesidad de íntima comunica-

ción; necesitaba una mano amiga que me ayudara á sostener el peso que me oprimía, oídos que me oyeran, labios que me consolaran. Pero ¿á quién acudir?.. El mundo, que me rodea de vanas lisonjas, no comprendería mi pena. Dirían unos: «¡qué ridiculez!»; otros: «¡qué capricho!»; muchos: «¡qué locura!» Mis padres ¡ah!.., los hubiera afligido mi secreto y no hubieran consolado mi pena. Entonces comprendí la espantosa soledad en que me hallaba en medio de tantos amigos, de tantos admiradores, de tanta gente...

»Hay en mi cuarto, enfrente de mi cama, una joya artística, un cuadro que tenemos en mucha estima, porque es el retrato de un ascendiente de mi madre, cuyas virtudes forman el más honroso título de mi familia. Muchas veces había admirado el mérito de este lienzo, donde creo encontrar la corrección de Rafael, la franqueza de Velázquez y el tono de Murillo. Representa á un anciano sacerdote: su calva frente, iluminada por un rayo de luz hábilmente arrojado sobre su rostro venerable, se destaca en el fondo obscuro que la envuelve, como la primera claridad del día sobre las últimas sombras de la noche. Hay en este contraste de obscuridad y de luz algo del cielo que se acerca y de la tierra que huye. Es una cabeza que tiene aureola sin que el pintor la haya trazado; resplandece con la paz del justo, con la esperanza del santo, con la fe del mártir; sus ojos miran y su boca sonríe.

»Mis pupilas inquietas y extraviadas se fijaron en este retrato, que había visto muchas veces, que había admirado siempre y que no había comprendido nunca. Hubo momentos en que creí que se desprendía del lienzo y venía á buscarme; esperaba que la voz resonara en sus labios; me hablaba, sin duda me hablaba, y yo no podía entenderlo.

»Mi doncella se acercó á la cama con mucho silencio, creyéndome dormida, y al verme con los ojos abiertos me preguntó en voz muy baja: «¿La señorita está mejor?.. —

Sí, le contesté, me siento bien; pero me falta una cosa. — ¡Qué!, exclamó con ansiedad. — Quiero, le dije sin saber lo que decía, que venga un sacerdote.»

»No sabe usted el asombro que causó en esta casa la noticia de mi deseo; si hubiera pedido una joya imposible, si hubiera querido vestirme y recibir á mis amigos, si hubiera querido montar á caballo, habría causado menos extrañeza. Creyeron que la debilidad me hacía decir desatinos; como los médicos declararon que me hallaba fuera de peligro, mi deseo era inexplicable y mi pretensión incomprendible. ¿Para qué necesitaba yo un sacerdote, si la ciencia declaraba que no me moriría?... Yo, que vi siempre satisfechos hasta mis más raros caprichos, encontré por primera vez resistencia á mi voluntad. Quisieron persuadirme, convencerme, engañarme; mas insistí, supliqué, lloré... y el sacerdote vino. Me quedé sola con él, y le descubrí hasta lo más recóndito de mi corazón.

»¡Qué dulce severidad encontré en sus consejos!.. ¡Qué ardiente caridad en sus advertencias!.. ¡Qué tierna solicitud en sus mandatos!.. ¡Qué gran consuelo!.. Sus santas palabras caían en el fondo ulcerado de mi conciencia como un bálsamo divino. Aquel mismo día entró Dios en mi alma.

»He querido saber si debía escribir esta carta, y sé que puedo escribirla, y por eso la escribo.

»Pronto abandonaré á Madrid, llevándome en el corazón el propósito de un voto solemne, el recuerdo cruel del mal que hice y la dulce memoria del bien que usted me ha hecho.

»Lea usted esta carta á su madre; porque la he afligido y debo consolarla.

»Aquí agito tres veces mi pañuelo empapado en lágrimas, como una tierna amiga que se despide... quizá... para siempre.

»Hoy cumplo veinte años.

»MARGARITA.»

La segunda carta parece escrita por una mano temblorosa y dictada por una voluntad firme.

Su contenido es como sigue:

«Señorita: Yo también debo confesarme culpable, más



Me quedé sola con él, y le descubrí hasta lo más recóndito de mi corazón

culpable que usted, porque he llamado con demasiada violencia á las puertas de su corazón; porque he provocado su curiosidad, excitado su interés y herido su amor propio; porque he arrojado al rostro de su vanidad loca el guante de mi soberbia ciega. Hemos luchado, y he aquí que Dios nos ha vencido, como Dios vence siempre, salvándonos. Ha sido un duelo á muerte, en el que los dos somos vencedores, porque no hay triunfo más glorioso ni más su-

blime que aquel que el hombre alcanza sobre sí mismo.
 »Pronto estoy á todos los sacrificios; me esconderé para no verla, huiré para no encontrarla, ensordeceré para no oirla, enmudeceré para no pronunciar su nombre; pero no me pida usted que arranque su imagen de mi corazón, porque eso es imposible.

»¿Me he batido por usted?... Veamos. He descendido al ensangrentado terreno del falso honor. Cierzo; mas no movieron mi mano ni el odio, ni la venganza, ni la vanidad de un valor que tiene cualquiera, ni el miedo cobarde á las burlas del mundo, que todos sienten. He expuesto mi vida, preciso es decirlo, por salvar otra vida; he ido á un duelo para evitar un duelo.

»Una vez provocado el coronel Montero, no hay más remedio que matarlo ó dejarse matar; con la espada en la mano es implacable, y tiene el funesto privilegio de matar siempre á su adversario. Quise salvar al marqués de una muerte segura, á usted de un justo sentimiento y á Montero de un nuevo homicidio. La prisión del coronel aplazaba el terrible lance, y yo quería más, quería impedirlo. Montero no pudo ir, y fui yo. Contaba con mi destreza en el manejo de la espada para reducirlo todo á unas cuantas gotas de sangre, que estaba dispuesto á derramar, dejándome herir ligeramente. Dios ha querido otra cosa, y estoy contento.

»Nos hemos encontrado en el camino de la vida como dos viajeros extraviados que se ven por primera vez y no se conocen; se miran con desconfianza, se saludan, y cuando se comprenden, distinguen la senda que deben seguir y se despiden con la alegría de haberse encontrado y con la pena de tenerse que separar... ¿Nos volveremos á encontrar?..

»Lleva usted en su corazón el propósito de un voto solemne. Sea... Usted hace el propósito, y yo me resigno al sacrificio; la mitad de ese voto es mío. Cúmplalo usted; mejor dicho, cúmplámoslo.

»Mi amor ha sido injusto, y es justo que padezca mi amor. Se llega á la felicidad por el camino de los dolores, como se llega al cielo por el áspero camino de la tierra. En el mundo el que no padece no ama; es decir, no vive. La expiación purifica, y debemos purificarnos.

»Con muchas lágrimas en los ojos ha leído mi madre su carta de usted, y la ha besado y la ha bendecido, y ha dicho: «¡Hijo mío, llévala siempre sobre tu corazón.» Y le he contestado: «La llevo dentro de mi alma.» Esta respuesta me ha valido un abrazo.

»Mi médico me envía á Alemania, á unos baños que han de restablecerme por completo; los tomaré, porque siento un ansia de vivir indecible.

»El amor profundo y verdadero..., ¡qué esperanza infunde... qué fe inspira... qué valor da!.. Esperanza, pues, fe y valor.

»L. G. DE C.»

Es posible que el lector, al llegar aquí, cierre el libro, exclamando: «¡Bah!.. Esto pasa de raya... No hay motivo para tanto. ¿Qué crimen han cometido para que se impongan tan severa pena? Buscar el corazón de una mujer irritando su vanidad y provocando su orgullo no es delito que esté penado en ningún código. En cuanto á ella..., ¿será la primera mujer que ha puesto á dos hombres en el caso de romperse el bautismo?... ¿No es ese el pan de cada día?..» Reconozco la bondadosa indulgencia del lector que así se explique; pero hemos convenido en que sabe más el loco en su casa que el cuerdo en la ajena; y si ellos creen, como vemos, que la cosa es más seria de lo que al lector benévolo le parece, vaya usted con esas reflexiones á calmar las inquietudes de sus conciencias atribuladas.

Hace muchos meses que tenía detenida la continuación de este sencillo relato por falta de noticias acerca de los

principales dos personajes que en él aparecen, esperando para proseguirlo nuevos acontecimientos dignos de referirse. Muchas veces hice ánimo de darlo aquí por terminado, en atención á que los sucesos no llegaban y el tiempo corría. Pero ¿cómo dejar en separación perpetua á dos seres



Margarita de Miramar

que, sea el que quiera el interés que hayan podido inspirar, parece, por lo que hemos visto, que han nacido el uno para el otro?

Además, yo, tan curioso como cualquiera de los lectores, deseaba saber si volvían á encontrarse, si volvían á verse, si llegaban á hablarse, si seguían amándose; en una palabra, si acababan por casarse, como si esto fuera lo último que pudiera sucederles; es decir, como si casarse fuera morir.

Mas hoy mismo he recibido noticias seguras, que por de pronto me obligan á suspender por ahora el curso de estas páginas, cortando el hilo de la narración donde los sucesos han querido que lo corte.

Sé, ante todo, que los señores de Miramar han muerto en París, en muy poco tiempo, de la misma enfermedad, de la última, de la enfermedad que no tiene cura. Sé que Margarita ha hecho donación de sus rentas, aplicándolas á objetos de piedad y de beneficencia; y sé, en fin, que ha tomado por dos años el hábito de Hermana de la Caridad.

Sé más aún: sé que Marí la acompaña; que á pesar de estar en París, se llama á sí misma la hermana María, y me consta que daría lo que le pidiesen por oirse llamar *Maruja*.

En cuanto á él, mis averiguaciones no son menos interesantes: ha hecho en Alemania íntima amistad con un músico español, ciegamente apasionado del arte clásico, que cambiaría todas las notas del discurso académico más erudito y todas las notas diplomáticas del mundo por una sola nota de Mozart. Ambos amigos no se separan nunca, y hablan mucho de Margarita; el músico porque se desespera al recordarla, y el otro, porque se regocija nombrándola.

Y no sé más.

Sin embargo, no pierdo la esperanza de que al fin se encuentren, se vean y se casen. Pero... francamente, no es más que una esperanza; mas, si así sucediese y los pormenores del caso merecieran el honor de ser referidos, desde ahora me comprometo á contarlos, escribiendo la segunda parte de esta interesante, sencilla y verdadera historia.